

De nuevo hechizo, pero ahora con SOBRECOGIMIENTO

La disponibilidad y las cadenas del cariño entrañable que me atan a Monseñor Dionisio García, el Obispo de la Diócesis de Bayamo-Manzanillo, me llevaron a la zona en la que pastoralmente sirve, desde el martes 4 hasta el viernes 7 de febrero pasado. Yo salí de La Habana sabiendo que debía reunirme con un grupo de Tercera Edad (o Juventud Acumulada o Vida en Ascensión, como prefiera calificarse a los que pasamos de los sesenta años bien cumplidos) en Manzanillo y que debía impartir tres conferencias (con "conversatorio" subsiguiente), unas en Bayamo y otra en Manzanillo: "Guía para una mejor comprensión del Evangelio de San Marcos", "Relación de Fe y Cultura" y "Vigencia actual del Padre Félix Varela". Lo que no sabía a ciencia cierta, aunque tenía mis sospechas bien fundadas, era que lo ya enunciado no era otra cosa que el esqueleto enjuto de un programazo que incluyó todo lo que imaginarse pueda como realidad posible en aquella zona. Hacia años que no visitaba esa región y la última visita, para la consagración episcopal de Monseñor Carlos Baladrón, fue un telegrama ceremonial; gozoso, pero telegrama al fin y al cabo que me permitió, más allá de la Liturgia, solamente un salto imprescindible a La Demajagua.

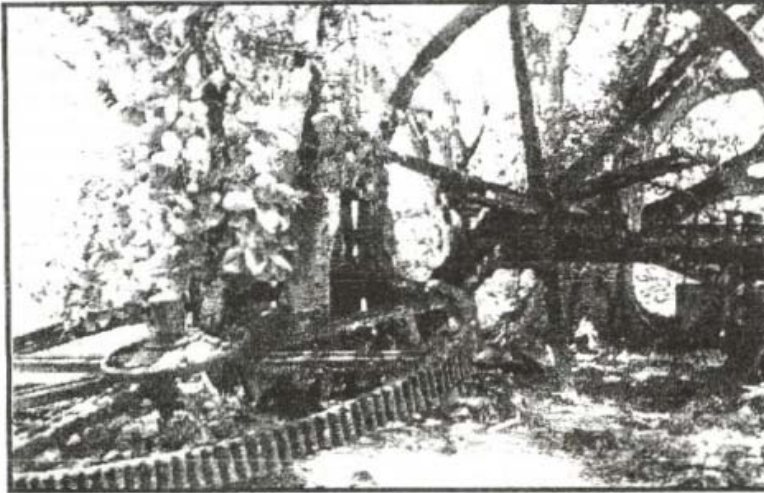
En esta ocasión cumplí el programa casi académico, al que se añadieron algunas reuniones, de la misma tonalidad y muy agradables, con el entusiasta equipo a cargo de la Casa-Museo "Carlos Manuel de Céspedes", con el Historiador y Director de la Casa de la Nacionalidad y con la Responsable Provincial de la Atención a Asuntos Religiosos, mujer simpática y eficazmente servicial. ¡Qué admirable espíritu tienen todos en el desempeño de sus tareas, con tan pocos medios a su disposición! ¡Qué amor a lo que hacen y a la región en la que viven! ¡Qué bien direccionados en su trabajo! Santa envidia y deseos de emulación me despertaron. Y ellos contribuyeron, también al encantamiento y las sorpresas de este viaje.

Mis primeras sorpresas tuvieron lugar, sin embargo, en las mismas conferencias previstas. Yo esperaba un auditorio de treinta o cuarenta personas, en el que predominarían nuestras buenas ancianas parroquiales. En todas, el número de participantes pasó de los ciento cincuenta; me da la impresión de que la noche valeriana rompió el récord: no creo exagerar si afirmo que había más de doscientas personas en el templo -ahora Catedral- del Santísimo Salva-



CATEDRAL DE BAYAMO

dor de Bayamo. En todas hubo una presencia de buenas ancianas parroquiales, pero la mayoría eran personas de media edad y jóvenes, católicos y no católicos, integrados en el mundo de la cultura en diversos niveles; predominaban los maestros, con el estilo allí vigente aún de los viejos maestros a los que todos debemos una buena parte de lo que somos y hacemos. En las tres conferencias yo hablé una hora; en las tres el conversatorio se prolongó hasta casi dos horas más y se detuvo por la siempre oportuna intervención del Obispo Dionisio, quien se reservaba la última pregunta o comentario que pudiese suscitar una explicación final por mi parte que él consideraba útil. Las preguntas, comentarios y discrepancias (que también las hubo) mostraban un nivel de información y de sensibilidad cultural, incluso en los participantes más jóvenes, que -me disculpo con mis paisanos de la zona del Cauto- no esperaba encontrar. Mucho interés debían tener, además, porque si la conferencia era en Manzanillo, allí llegaba un camión cargado de bayameses y viceversa: si era en Bayamo, en camión llegaban los manzanilleros y los de Jiguani y Baire. Comenté mi sorpresa con algunos amigos de la zona y más de uno me dijo: "Interés no, Padre: avidez, hambre por escuchar algo acerca de estas realidades, expuesto así, con naturalidad y libertad de espíritu". Otros afirmaron: "Quizás ustedes en La Habana están habituados a hablar con esa espontaneidad acerca de temas algo escabrosos; nosotros no, pero creo que desde ahora empezaremos a hacerlo." No faltó el "piropo" inevitable en aquella zona: "¡Tenía que ser Usted un De Céspedes!" No me infla la exclamación, que ya he escuchado en otras ocasiones, allí y en Santiago, pero reconozco que me agrada el aprecio que guardan por mi tatarabuelo, ya que -en realidad- es a él a quien va dirigida, no a mí. Conocía también la buena calidad humana, integral, de los sacerdotes cubanos que trabajan pastoralmente en la Diócesis, pues todos -el Obispo Dionisio también- fueron alumnos míos en el Seminario "San Carlos y San Ambrosio"; conozco poco a los domi-



LA DEMAJAGUA

nicanos y mexicanos que han echado pie en tierra junto con ellos en la animación cristiana de la Diócesis y ya este hecho me hablaba bien de ellos. Otro tanto podría decir de las religiosas: las salesianas (entre las que me encontré a la muy querida Sor Severina, con su juventud espiritual inquebrantada) y las Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa de Calcuta. Pero confieso que -dada la escasez de agentes de pastoral, la ingente labor que tienen por delante en una Diócesis recién creada que, por diversas razones, desde hace muchos, muchos años, era atendida con muy buena voluntad, pero de manera insuficiente y con la mayoría de los templos materialmente en el suelo, etc. -esperaba encontrármelos agobiados o transpirando desaliento ante la impotencia. A Dios gracias, una vez más me equivoqué totalmente: transpiran gozo y esperanza realista; viven enraizados, con una sencillez extrema ejemplar que toca los bordes de la pobreza y trabajan hasta límites inverosímiles, si no los hubiera podido constatar. (Que me disculpe el Padre Manolito González si no añado en este párrafo una referencia amplia a las pestilencias que frecuentemente "arropan" el monumento al Indio Hatuey, junto a su casa parroquial.)

Ya tiene la Diócesis tres seminaristas en "San Basilio" y dos pre-seminaristas que viven en Bayamo con el Obispo -Fernando Tamayo y Fernando Cabrera- con los que conviví esos días y con los que pude conversar ampliamente: no puedo ser categórico ante una relación tan breve, pero no disimulo que los dos me causaron una impresión excelente.

Las ciudades y los pueblos padecen el deterioro material que sufre nuestro país debido a las dificultades económicas que todos conocemos, pero conservan su "dignidad", su "aire" muy peculiar.

Y no me refiero solamente a Bayamo y a Manzanillo; pienso en los lugares pequeños, como Baire o Veguitas y como la deliciosa Media Luna, con el conjunto más bello de casas de madera, de estilo muy

propio, que no encontramos -a mi entender- en ningún otro poblado de nuestra Isla. Y, allí también, el recuerdo vivo de Celia Sánchez Manduley y de toda su queridísima familia, tan apreciada por la mía... ¡Y el paisaje! ¿En dónde encontrar el contraste del valle verde tierno, la montaña espléndida, imponente, y el azul intenso del Mar Caribe?

Pude localizar en la costa de Niquero, muy cerca del embarcadero, el lugar en donde se levantó la casa de mi bisabuelo (nada queda de ella), cuyo recuerdo hacía las delicias de algunos ancianos de la familia, cuyos cuentos me transportaban cuando yo era niño.

Era una especie de mito aquella

construcción de madera, envuelta por las galerías sombreadas, muy cerca del mar y rodeada de árboles que allí crecen casi hasta las mismas orillas del agua: nisperos, zapotes, mangos, pomarrosas, canisteles, cañandongas y cañafistulas... Y la aventura de la pesca en el puerto recogido de Niquero y la aventura mayor del viaje en barco, por la costa sur, hasta La Habana, cuando terminaban aquellas idílicas vacaciones orientales. No pudimos llegar a la Junta, la casa de campo del otro Carlos Manuel de Céspedes, el de Quesada, medio hermano de mi bisabuelo. De esta si conservo alguna foto (precisamente con Carlos y con las Sánchez Manduley en el portal; era estación obligada para ellas en el tránsito de Media Luna a Pilón, por el Camino Viejo). De ella, al parecer, queda algo todavía, pero las condiciones del camino no nos permitieron llegar en el auto de Dionisio y no nos alcanzaba el tiempo para intentar recorrer unos cuantos kilómetros a pie. Pero la "vi", como entre brumas, en medio del cañaveral sin horizontes, con Carlos a caballo por los senderos estrechos y la deslumbrante Laura Bertini, su esposa italiana, trasladada a Cuba desde la Corte del Quirinal, guitarra en mano y tocada por un sombrero de paja, cantando canciones cubanas e italianas a la sombra de un árbol muy coposo, con florecitas amarillas (¿sería un almácigo?).

Subí -nunca lo había hecho antes- al faro de Cabo Cruz, lugar desde el que todo produce encantamiento tal que me vino a la mente la leyenda de aquel santo del que se dice que subió a una columna elevada y nunca más descendió: el tope del faro produce la apetencia de instalarse allí, pero la vida transcurre a nivel de suelo y por él debo continuar discurriendo.

El Obispo Dionisio, Rafaelito Couso y Luis Carlos me obsequiaron con el mejor regalo, el que añadió sobrecogimiento al hechizo: una visita a San Lorenzo, el paraje de la Sierra Maestra en el que entregó la vida mi tatarabuelo, el Padre de la Patria nuestra.

El lugar es tan bello como él lo describe en el "diario" y en las cartas a su esposa Anita de Quesada. Su voz viril, capaz de todas las inflexiones, me llegaba como un tenue balbuceo en el alma. Allí estaba el pequeño montículo, rodeado por un fantástico anfiteatro de montañas, sembradas de cafetos sombreados por júcaros, ya florecidos en estos días; el arroyo en el que tomaba el baño cotidiano (y que sospecho sea afluente del Contramaestre). ¡Hasta un tocororo se nos atravesó en el camino! Todo está allí, intacto y bien cuidado. El busto es muy bueno: me da la estampa irreplicable de aquel hombre en el que se unieron la inteligencia, la cultura, la hidalguía de su estirpe, el arrojo, la valentía intrépida, la generosidad, la difícil y poco frecuente simbiosis de espíritu civilista y democrático con el rigor del estratega militar disciplinado por la fuerza de los acontecimientos, la capacidad del sacrificio heroico y el gusto por las realidades vitales... Cuando me detuve frente a él y reconstruí todo en mi interior, en cuestión de segundos, no pude evitar la humedad en los ojos y, de manera discreta (creo yo que fue discreta y que los demás no percibieron la intensidad emocional), me alejé del grupo para no "hacer el ridículo" y que se percataran de la hondura de los niveles de la entraña estremecida ante toda aquella realidad: la iniciática y la que ha venido después, hasta nuestros días, herederos de aquellas gestas, de los aciertos y virtudes, de los errores y pecados.

Nos despedimos de San Lorenzo rezando por la Patria que nos une: a los cuatro amigos que estábamos allí aquella mañana y a todos los hombres y mujeres de sangre noble tocada por la cubanía genuina, estén en donde estén, y que conociéndonos o no, participamos del gozo y del simultáneo dolor de nuestra identidad irrenunciada.

¿Para qué continuar tratando de reconstruir con palabras la inefabilidad del ensalmo? Porque ensalmadora, mágicamente sanante, fue esta breve pero intensa visita a la tierra en la que los primeros De Céspedes tomaron la decisión de quedarse en Cuba y crear la hacienda de Macaca. ¡Ay Marqueses de Carrión de los Céspedes y de Miranda del Pitamo! ¿Qué insecto aventurero mordió a uno de sus frutos y le insufló el sueño imperial de Isabel y Fernando, de Carlos y de Felipe? ¡Ay Juan de Céspedes y María Conde! ¿Lo tenían previsto cuando se desposaron en la bellísima Colegiata de Osuna a la vera de Sevilla, el 28 de abril de 1595? ¿No sepasearía por la señorial Calle de Sevilla alguna mora andaluza que podría haberles echado las cartas y dicho, sin mucho crédito por parte vuestra, que de vuestro hijo Juan, cuatro siglos después, un pobre tocón mantendría aún la savia de León, de Castilla y de Al Andalus en esta Isla soñada, lejana y aún desconocida para aquellos De Céspedes, de Carrión y de Osuna pero que venían del norte de la Península construyendo su unidad?

Heme aquí, humildemente orgulloso por lo que sé que es mío, con unos títulos de propiedad poco frecuentes hoy en esta Cuba nuestra; por lo que soy yo mismo, por mi talante que algunos califican de "atípico" (y yo conozco las razones), pero con la convicción de que todo es recibido y que, por verlo, ningún avituallamiento de vanagloria merece, ¡no sólo engendra heridas y cicatrices, obligaciones y tareas y... -¿por qué no escribirlo?- también los pequeños gozcos que me vienen de la piedrecita puesta, de la savia mantenida y del fuego que no dejo que se apague, aunque me quemé y arda, cotidianamente en él. Ω

La Habana, 11 de febrero de 1997.